

Aportaciones de Jaime Torres Bodet a la defensa de la educación pública en México desde el contexto internacional

Contributions of Jaime Torres Bodet to the defense of public education in Mexico from the international context

Alejandro López de Lara Marín¹
Universidad Autónoma del Estado de México

Fecha de recepción del original: mayo 2020

Fecha de aceptación: julio 2020

Resumen:

El presente artículo tiene como propósito analizar y comprender el trabajo y aportación que realizó el poeta mexicano, Jaime Torres Bodet, al impulso de la educación pública para la paz y la democracia, no sólo en México, sino a nivel internacional. Para ello se tomó en cuenta su labor como diplomático, su cargo como director de La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco por sus siglas en inglés) y su aportación a la defensa de la educación básica.

Palabras clave: Educación; Diplomacia; Espacio Público

Abstract:

The purpose of this article is to analyze and understand the work and contribution made by the Mexican poet, Jaime Torres Bodet, to the promotion of public education for peace and democracy, not only in Mexico, but at the international level. To this end, his work as a diplomat, his position as director of the United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (Unesco) and his contribution to the defence of basic education were taken into account.

Keywords: Education; Diplomacy; Public Space

¹ Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) Actualmente trabaja en el Área Académica de las Universidades para el Bienestar Benito Juárez García.

Introducción

En México se trazó un horizonte importante en la construcción de la noción pública de educación durante las primeras décadas del siglo XX. La Revolución Mexicana se convirtió en referente importante en la lucha de la educación latinoamericana. Intelectuales y funcionarios vinculados a la educación analizaron, reflexionaron, usaron o condenaron los ejercicios político-pedagógicos que se practicaron en nuestro país.

De esta gran lucha se produjo un mosaico de tendencias políticas, con intereses diversos, que en tiempos de dictadura fueron reprimidas o simplemente negadas. La riqueza ideológica para construir un nuevo país devino en experiencias jamás ensayadas y arraigadas en la creatividad para adaptarse al momento histórico que reclamó la sociedad mexicana en el contexto político-económico nacional e internacional.

Uno de los intelectuales que asumió la responsabilidad de continuar con esa larga data de reflexión y praxis educativa fue Jaime Torres Bodet (1902-1974). Su trabajo por la educación en México no se restringió a las dos ocasiones que ocupó la Secretaría de Educación Pública (1943-1946 y 1958-1960). El proyecto educativo en el que participó sólo puede comprenderse a partir de sus múltiples intervenciones como poeta, escritor, diplomático, político y maestro.

Su labor educativa y su apego a una educación pública estuvieron presentes a lo largo de toda su vida. Su carácter ético y conciliador encajaron muy bien en momentos de turbulencia internacional, de los cuales fue partícipe y observador directo. Sin duda, su compromiso como diplomático proporcionó una mirada distinta sobre la manera de comprender la educación pública, teniendo como referentes los escenarios internacionales antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

La comprensión del escenario internacional de Jaime Torres Bodet permitió mantener cierta soberanía en la forma de organizar el elemento esencial con el que contaron las naciones: la educación.

A nivel internacional, desde una postura mesurada, pero agudamente crítica, alzó la voz para exigir una organización democrática y justa en el periodo de posguerra. Su defensa por la educación pública, especialmente de la educación básica, se convirtió en la principal demanda cuando dirigió la Unesco.

En ese sentido, la presente investigación pretende mostrar al lector la importancia de la educación pública en determinados momentos históricos a través de la postura de Jaime Torres Bodet. Para ello, se realizó un análisis de circunstancias claves en las que forjó un pensamiento educativo, a través de su trabajo humanista, poético-literario, su labor diplomática y su cargo como director general de la Unesco.

La estructura del contenido responde a la dinámica de la defensa de la educación pública y los grados de avance por cimentar un sistema de educación para todos, particularmente desde el ámbito diplomático.

La revisión de fuentes, además de su obra escrita, se realizó en el Fondo Jaime Torres Bodet, del Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, en él se encuentra una gran variedad de documentos personales del poeta, por lo que permitió adentrarse a un contexto nacional e internacional. Las cartas, los diarios, la documentación oficial de sus cargos públicos y las fotografías² nos permitieron construir un horizonte de visibilidad más amplio y apelar al uso de la memoria como proceso de rescate de realidades educativas que hoy parecen ausentes en muchos espacios políticos y académicos.

Sirva este artículo para comprender mejor el trabajo que realizó para el impulso de la educación pública para la paz y la democracia.

Primeras experiencias político-educativas

La primera incursión de Jaime Torres Bodet en los deberes públicos fue en la administración educativa. Su cargo como secretario en la Escuela Nacional Preparatoria a principios de la segunda década del siglo XX, le permitió adquirir experiencia en el ámbito organizativo de lo que en ese entonces era la escuela más importante de bachillerato del México posrevolucionario.

La formación y primeras experiencias de Jaime Torres Bodet estuvieron marcadas por el trabajo de los ateneístas que integraron las instituciones producto de la lucha armada.

Los catedráticos ateneístas³ se adhirieron, algunos con entusiasmo y otros con desconfianza, a las nuevas instituciones públicas e intentaron resolver los problemas heredados del antiguo régimen y los provocados por las decisiones y contradicciones en el seno político, en una nueva estructura jurídica representada en la Constitución de 1917.

De toda esa cepa literaria y política, José Vasconcelos⁴, uno de los más jóvenes, representó la metamorfosis de una casta erudita a la organicidad intelectual. En el tema educativo llevó a la praxis su pensamiento con la creación de la Secretaría de Educación Pública.

Para Jaime Torres Bodet, la creación de la Secretaría de Educación Pública (SEP) en 1921 y los primeros pasos para abrir el espacio público en México se convirtieron en la oportunidad de participar activamente en una etapa completamente diferente en términos de institucionalidad educativa, enmarcada en un nuevo proyecto de nación.

² Las fotografías que se presentan en el artículo tienen la intención de convertirse en pequeñas ventanas que permiten valorar, desde otra óptica, la diversidad de los contextos educativos y el ánimo de su transformación. Se trata, en ese sentido, de un pequeño mosaico que invita a otro tipo de lectura, motivado por la interpretación visual de la obra de personajes como Jaime Torres Bodet. El Fondo Jaime Torres Bodet aún es poco trabajado, esperemos que nuevas investigaciones permitan seguir explorando la vida y el contexto de dicho intelectual.

³ Se conoce como Ateneo de la Juventud a la asociación civil creada en México por diversos intelectuales que tuvieron como propósito trabajar en la cultural, la filosofía y el arte a través de reuniones y debates públicos. La mayoría de los maestros de Jaime Torres Bodet, pertenecieron a este grupo. Más tarde, Jaime Torres Bodet y otros intelectuales serán conocidos como los Contemporáneos a partir de las publicaciones que realizan.

⁴ Ver Susana Quintanilla “Nosotros”. La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán.

La campaña educativa que emprendió José Vasconcelos permitió al joven poeta acercarse a una realidad que exigió cambios profundos en las decisiones políticas dirigidas a la creación del proyecto más ambicioso de federalización educativa.

La experiencia vasconcelista envolvió a Torres Bodet en la práctica política y social. Uno de los aciertos de Vasconcelos, ministro de educación, y que repercutió en esa praxis política en Torres Bodet, fue su insistencia para salir de la cómoda esfera intelectual con arraigo ciudadano y percibir las urgentes necesidades que la mayoría del país reclamó.

La campaña educativa se convirtió en uno de los primeros intentos del siglo XX por conectar las realidades del país al proyecto revolucionario naciente. Esto es, Vasconcelos y su comitiva comenzaron a vincular parte de la riqueza cultural de la sociedad mexicana con el proyecto de educación pública.

La pobreza en la que se encontraba la mayoría de la población fue el foco rojo que acompañó los andares de la comitiva vasconcelista. Sin embargo, el mosaico ideológico y político con que se fundó la SEP permitió trazar un espacio público como parte de la etapa constitutiva del Estado.

Sin duda, Torres Bodet contribuyó desde muy joven con esta labor y fue esta dinámica la que lo llevó, años más tarde, a ocupar el cargo de la Secretaría de Educación pública, primero, de 1943 a 1946 y, después, de 1958 a 1964.

En medio de esos dos periodos como representante de la educación en México, su labor diplomática, siempre acompañada de su desarrollo humanista, se convirtió en un pilar para la educación.

La diplomacia y el espacio público

Desde muy joven se dedicó a la diplomacia y al servicio exterior, por lo que se convirtió en observador de los cambios políticos, económicos, sociales y culturales de Europa. Es precisamente en el terreno internacional donde forja su pensamiento encaminado al sentido de lo público, particularmente en el tema de la cultura y la educación, el cual profundizó con mayor énfasis en sus cargos públicos, sobre todo, los que lo colocaron al frente de la educación mexicana.

La noción del espacio público, por lo tanto, se concibe en este apartado, como el lugar donde se construye y disputa el reconocimiento y materialización de un derecho: el de la educación. En medio de intereses marcados por la preparación y desarrollo de la guerra, la educación se pensó como el vehículo para recuperar la paz y el entendimiento internacional. El papel del poeta mexicano reflejó su preocupación por pensar una educación que parta desde referencias y contextos diversos y no desde una perspectiva unívoca o estandarizada.

La construcción y disputa de ese espacio público en la esfera internacional tiene una importancia trascendental en el proceso de reconocimiento y legitimidad de Estados Latinoamericanos, por ello la participación de intelectuales como Jaime Torres Bodet en las conferencias, coloquios y redes diplomáticas fueron escenarios idóneos para impulsar nuevos horizontes de visibilidad para transformar la situación de la educación en países como México.

Aunado a lo anterior, en los jóvenes, como Jaime Torres Bodet, el gusto por la diplomacia fue inspirado por escritores como Alfonso Reyes, ya que veían en el servicio exterior un escaparate de la situación política por la que atravesó el país y una forma de desarrollar su obra intelectual. Reyes los incitaba a salir del país y escapar del laberinto de la política, así lo evidencia una carta dirigida a Xavier Villaurrutia, miembro de los Contemporáneos, y que nos sirve para comprender la motivación que tuvo Jaime Torres Bodet en las labores diplomáticas:

¿Por qué no se esfuerza usted en saltar a la diplomacia? El francés usted ya lo domina (...) Piense que la vida en el extranjero es en el fondo un vicio. ¡O feliz culpa! Ella nos ayuda a vivir sin ciertas pasiones inútiles. ¡La política! ¡La pervadiente política! ¡Mi bestia negra, mi enemigo. Y pensar que estamos todavía tan lejos -por lo poco evolucionado del medio- de vivir de nuestra pluma! (...) Decídase, examínese, salga para cualquier punto de la tierra, donde tenga un poco de soledad y de ocio. No se quede con los ojos fijos en lo que está cerca. Siéntase en comunicación con el mundo (Guillermo Sheridan citado en Orozco Pozos, 2009: 12).

Tras obtener calificación satisfactoria para trabajar en el servicio exterior mexicano, en 1929 comenzó su labor en Madrid.

En aquel primer viaje a Europa, Torres Bodet describió, a través de una carta a José Gorostiza, la experiencia de la doble labor de los escritores en México al pertenecer a una generación que exige de ellos su trabajo público:

He recordado mucho lo que, en una de nuestras largas conversaciones de sobremesa en Sanborns me decías respecto a la doble obligación de que los escritores somos víctimas, en México: la de desarrollar una vida normal, de trabajo burocrático o de cualquier otra índole, y la de desprendernos de él, para alcanzar –en su ágil plenitud– el fantasma de las cosas superiores que los espíritus necesitan para mantenerse y que, a nosotros, se nos dan siempre de tarde en tarde. Al contrario de lo que muchos suponen –de lo que yo mismo creí alguna vez– la carrera diplomática ni desconecta a nadie de las cosas buenas de México, ni le opone un valladar infranqueable para escribir. La superficialidad de una vida no depende casi nunca del género de las ocupaciones que elige, sino del temperamento de quien la elige (Torres Bodet, 2016: 205).

El trabajo diplomático fue un espacio privilegiado para conectar sus aspiraciones de escritor, pero a la vez un lugar que exigió sus aptitudes como político. Esta labor lo llevó a trabajar, durante diferentes periodos de las décadas de los treinta y cuarenta, en ciudades como Madrid, París, Buenos Aires y Bruselas, ésta última debió abandonarla por la invasión nazi en mayo de 1940.

En cada uno de los cargos que ejerció en las embajadas de México, su convicción y proyectos estuvieron acompañados de sus anhelos culturales, no sólo por estar en Europa, cuna de muchos de sus escritores predilectos, sino también por la necesidad de extender la obra de pensadores latinoamericanos, especialmente mexicanos, con la firme intención de mostrar su universalidad.⁵

⁵ Para una mayor comprensión del trabajo diplomático que desempeñaron intelectuales como Jaime Torres Bodet, particularmente desde la cultura a nivel internacional ver Alexandra Pita González “América (Latina) en París: Mistral y Torres Bodet en la Colección Iberoamericana, 1927-1940”.

Una labor importante de Jaime Torres Bodet como parte del cuerpo diplomático fue la de traducir y redactar informes sobre la situación política y económica de los países donde trabajó y sobre cómo éstos percibían México.

En 1936 ocupó la jefatura del Departamento Diplomático, cargo que desempeñó en momentos de gran tensión, ya que participó en los procesos en que México adoptó su postura respecto a la Guerra Civil española; la Conferencia de Buenos Aires, importante en política exterior debido a la relación con los Estados Unidos, sobre todo a principios del gobierno de Franklin D. Roosevelt, y finalmente, el trámite del ofrecimiento de asilo al revolucionario ruso León Trotsky.

La manera de actuar de las potencias internacionales para ampliar su campo político y comercial no fue ajena para el escritor mexicano. Comprendió, desde muy temprano, cómo las relaciones internacionales se dirigieron a una hecatombe de amplias magnitudes, principalmente al observar el aumento de la escalada de odio y el auge de movimientos autoritarios y fascistas en el viejo continente.

El nuevo gobierno encabezado por el presidente Manuel Ávila Camacho (1940-1946) designó como secretario de Relaciones Exteriores a Ezequiel Padilla, y éste, a su vez, escogió a Jaime Torres Bodet como subsecretario del ramo. Con el tiempo, este cargo le abrió la puerta para ocupar el puesto de secretario de Educación en 1943, ya que el presidente pudo conocer mejor al escritor de Contemporáneos, cuya postura conciliatoria le sería muy útil en un momento de fuerte polarización magisterial.

El paso por la subsecretaría no fue algo ajeno; con la experiencia adquirida en Europa y Argentina, Jaime Torres Bodet se desenvolvió con soltura y con sutileza que todo diplomático adquiere como virtud.

Son varias las tareas que asumió en compañía del aparato burocrático recién reorganizado, entre ellas destacó la relación con Inglaterra y las indemnizaciones de las empresas petroleras que fueron expropiadas.

No obstante, el trabajo más arduo en la Secretaría de Relaciones Exteriores, por el panorama geopolítico, fue detallar el papel que jugaría México en la conflagración mundial.

Las presiones al interior y exterior del país requirieron de la mayor astucia de políticos y diplomáticos mexicanos para mover en el preciso momento las piezas que aseguraron un futuro para la estabilidad del régimen; tanto la neutralidad como la beligerancia prematura, o a destiempo, tuvieron costos muy altos.

El trabajo de la Secretaría aumentó después del ataque a la base naval norteamericana de Pearl Harbor. En sus Memorias, Torres Bodet sintetizó las acciones que se emprendieron en aquellos años: “México no sería un voluntario bélico más. Cuando llegase el caso, obraríamos conforme a nuestros legítimos intereses” (Torres Bodet, 1981a: 672).

Lo que resaltamos son las experiencias que el poeta y escritor adquirió al calor del conflicto bélico y bajo la responsabilidad diplomática. En esas prácticas de intereses y relaciones político-económicas anidó parte de la inspiración para proyectar el modelo educativo que consolidó a principios de los años sesenta.

Además de su obra poética y de su trabajo literario, elementos esenciales para defender un pensamiento educativo, planteó, desde la administración pública, el interés por cimentar un proyecto educativo que respondió a las necesidades del contexto y que a su vez contribuyó a darle continuidad y fortaleza al régimen político.

Por ello, sus intervenciones mostraron la necesidad de incursionar en un proyecto educativo que no cayera en simplismos bélicos de derecha e izquierda y se encaminara a reflexionar sobre los momentos de trascendencia pacífica. Esto lo reflejó en un discurso pronunciado el 18 de mayo de 1942 durante la Feria del Libro y Exposición de Prensa en la Ciudad de México. Desde una posición sagaz, condenó el camino por el que los pueblos optaron bajo el mando del dictador:

Ha sonado, para todos nosotros, una hora de insólita gravedad. Inflamados por una propaganda de agresión sistemática y de injusticia, algunos de los pueblos que nos habíamos acostumbrado a considerar como particularmente dispuestos al fomento de la cultura, han extrañado el sentido de la fraternidad humana y se encuentran ahora empeñados en una guerra cuyo objetivo no es el de lograr una redención, sino el de generalizar una esclavitud (El Nacional, 1942).

En ese sentido, describió las estrategias utilizadas en aquellos países, presas de su voluntad belicista:

Para conseguir sus propósitos, ningún límite ha detenido a los dictadores. Ni el respeto a la libertad, que yace humillada y escarnecida en las cárceles de sus pueblos. Ni el prestigio de la razón, que expulsaron de las universidades de sus naciones y que en vano pretenden sustituir con las apariencias de un fanatismo militarista. Ni la consideración al talento, que desterraron o subyugaron, organizando magnos desfiles de tanques y de cañones alrededor de la hoguera a la que arrojaban, junto con los libros de sus más célebres literatos, todo el tesoro de una civilización que nosotros, hombres de América, no estamos resueltos a traicionar.

En esta lucha, el maestro, el artista y el sabio no tienen que elegir su partido. Arrojan de su seno al intelectual autónomo y reemplazándolo con el asalariado propagandista, las dictaduras han hecho ya su elección. Como siempre, la inteligencia está con la libertad, que es su expresión más lúcida y más genuina, y las tinieblas van con los opresores (El Nacional, 1942).

Al desempeñar un papel más activo como intelectual orgánico, Jaime Torres Bodet combinó su sentir e interés poético-literario con su experiencia diplomática, síntesis de un pensamiento humanista capaz de construir un proyecto fincado en el principio de educación pública.

Pensamiento educativo desde la periferia: Fundar la UNESCO

A partir de 1942 diversos intelectuales, convocaron reuniones para pensar y planificar una organización de cooperación económica al finalizar la guerra. Estos países y sus integrantes formaron la Conferencia de Ministros de Educación Aliados (CMAE). Estas organizaciones fueron esenciales para pensar a futuro en una institución más amplia enfocada a discutir cómo salir de la crisis educativa e intelectual en la posguerra: (Brabyn, 1985: 5)

En 1945, la ciudad de Londres fue el punto de reunión para intelectuales, ministros y diplomáticos de varios países que discutieron cuál era el camino que la educación y la cultura debieran tomar en los tiempos de la posguerra. La presencia de intelectuales de América Latina, Asia y algunos

de África, en las posteriores reuniones, fue muy importante porque abrieron la brecha para exigir que su voz sea tomada en cuenta en la creación de un proyecto educativo y cultural con grandes dimensiones.

En las reuniones preparatorias para fundar la organización más importante en términos de educación, cultura, ciencia y arte a nivel mundial, a mediados de los años cuarenta, Jaime Torres Bodet, delegado mexicano, planteó la necesidad de abrir el concepto de paz para darle un sentido más amplio, más allá de las características discursivas, administrativas o políticas; consideró que el mundo exige que se piense la paz más allá de distribuciones geográficas, económicas y, sobre todo, de seguridad.

Su posición, al igual que la de muchos otros delegados de países periféricos, fue que el problema de la educación en el mundo no se resuelve con un simple cambio de enfoque; por ello expresó su preocupación por la educación y la paz desde una perspectiva un tanto diferente a la de otros delegados occidentales. Cuestionó los cambios de la sociedad que propiciaron el florecimiento abrupto de las múltiples formas de deshumanización, acumuladas durante un par de siglos y sintetizadas en la guerra, la cual puede ser, en palabras de Bodet: “el producto extremo de una insuficiencia o de una deformación lamentable de los sistemas educativos de las naciones” (Torres Bodet, 1987: 14).

La génesis de aquellos comportamientos sociales no puede ser explicado por unas cuantas personas en el poder y por su influjo sobre los sistemas educativos. Por eso Torres Bodet se preguntó: “¿hubiese sido posible implantar y desarrollar esa instrucción para el odio y para la muerte si, en la totalidad de los otros pueblos, hubiese habido un entusiasmo cordial para la democracia, un amor activo de la cultura y, para decirlo cruel pero brevemente, un concepto eficaz de la educación?” (Torres Bodet, 1987: 14-15).

Para Torres Bodet el fascismo fue la punta del *iceberg* y su proyecto de educación totalitaria y dogmática compartió elementos con otros sistemas educativos internacionales, los cuales no fueron capaces de advertir lo que provocó la exaltación racista e imperialista.

La causa de aquellos hechos fue la injusta distribución internacional, por ello es importante subrayar que la educación para la paz debió construirse sobre la base de una organización económica que desmontara la diferencias entre el centro y la periferia, por lo menos en términos educativos:

Jamás apreciaremos mejor lo que puede en el hombre la devoción a la libertad que pensando ahora en la enorme desproporción que, durante siglos, dejaron los países civilizados prevalecer entre el proceso cultural de unos cuantos de ellos y el abandono doliente a los demás [...] la euforia del triunfo sería demencia sino buscamos, desde luego, una garantía para evitar que semejante peligro se reproduzca [...] encontrar una forma de convivencia en que la creación de las grandes personalidades no suponga olvido para las masas y en el que la expansión de las masas no implique la asfixia del individuo (Torres Bodet, 1987: 15-16).

La palabra de Torres Bodet en las discusiones para la creación de la Unesco alimentó una tercera opción, a la cual se adhirieron una gran cantidad de países.

En diciembre de 1947, con 30 votos a favor, 3 en contra y 2 anulaciones Jaime Torres Bodet se convirtió en el primer mexicano en ocupar un cargo de trascendencia internacional en el periodo de la posguerra. (Enríquez, 1997)

En la toma de posesión el poeta mexicano extendió su postura respecto a diferentes puntos de vista que son la base de los principios de la Unesco, su discurso se enfocó al derecho a la educación básica y la alfabetización de las masas desheredadas.

Su trabajo en la Unesco fue replantear el destino del presupuesto y visibilizar la desigualdad educativa, cultural y científica en la que estuvieron inmersos los países periféricos, a pesar de ser los principales productores de materias primas.

El elemento clave que dejó en claro Torres Bodet para contribuir al desarrollo cultural y educativo de naciones como la mexicana fue la necesidad de educación básica, articulada en un proyecto económico. Reunir más de 40 países para concretar los planes académicos, científicos y culturales a partir de la medida de occidente desvanecería la realidad injusta en la que se encontraban la distribución de saberes y el no reconocimiento cultural de los pueblos del sur, principalmente. Desde un análisis geopolítico del saber y la ciencia, Torres Bodet criticó a los monopolios que impedían el desarrollo científico y económico de la gran mayoría de naciones:

Si el monopolio de determinadas industrias y de ciertos procedimientos comerciales ha sido el origen de continuas discordias entre los hombres, ¿cómo habríamos de aceptar que se monopolizasen también, por el solo privilegio de la fortuna, los perfeccionamientos de la técnica, los medios de la investigación científica y las conquistas del saber? (Torres Bodet, 1987: 19).

Lo valioso, desde su realidad política y educativa, fue abrir el debate internacional a las dos versiones que pretendieron explicar y justificar el mundo. La opinión de Torres Bodet, un intelectual proveniente de la periferia rompió las posiciones antagónicas representadas ideológicamente a través del comunismo vs capitalismo. Aunque provenía de un país cada vez más dependiente de Estados Unidos, sus argumentos para visibilizar las necesidades y exigencias del nombrado “tercer mundo” no dejaron de llamar la atención:

Si reflexionamos sobre la crisis de nuestro tiempo, comprenderemos muy fácilmente que lo más grave de las actuales desavenencias es la prueba elocuente de la congoja con que los pueblos tratan de alcanzar los tres objetivos exaltados por la Revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Hay todavía hombres y grupos que colocan, sobre el ideal de la libertad, el de la igualdad. Y existen, asimismo, grupos y hombres que sitúan, por encima del ideal de igualdad, el de libertad.

Unos y otros sufren, porque unos y otros olvidan que, sin igualdad, la libertad constituiría solamente un símbolo en provecho de los mejor preparados y de los más poderosos en tanto que, sin libertad, la igualdad adquiriría pronto el carácter más lamentable y el más gregario.

Por otra parte, sin un justo equilibrio entre la igualdad y la libertad, ¿cómo lograr jamás la fraternidad? (Torres Bodet, 1987: 29-30).

La política y el programa de Torres Bodet en la Unesco sentaron un referente para hablar abiertamente de otra visión más allá del claroscuro de la guerra fría, acciones que años más tarde realizarían los países de África y Asia en la Conferencia de Bandung⁶. Por ejemplo, desde Ginebra distinguió las maneras de apreciar el desarrollo económico:

Conviene establecer una distinción entre la noción de valorización económica, que no atiende sino a la explotación de los recursos, y la de desenvolvimiento económico, el cual implica un progreso social, no ya ulterior sino concomitante e –incluso– previo. Enviar máquinas a un país para industrializarlo, sin ayudarlo al mismo tiempo a que cree sus propios laboratorios, sería hacer obra expansionista más bien que de desenvolvimiento. No hay duda de que se daría así a ese país una prosperidad momentánea; pero semejante prosperidad no entrañaría una evolución general y duradera de su población (Torres Bodet, 1987: 96).

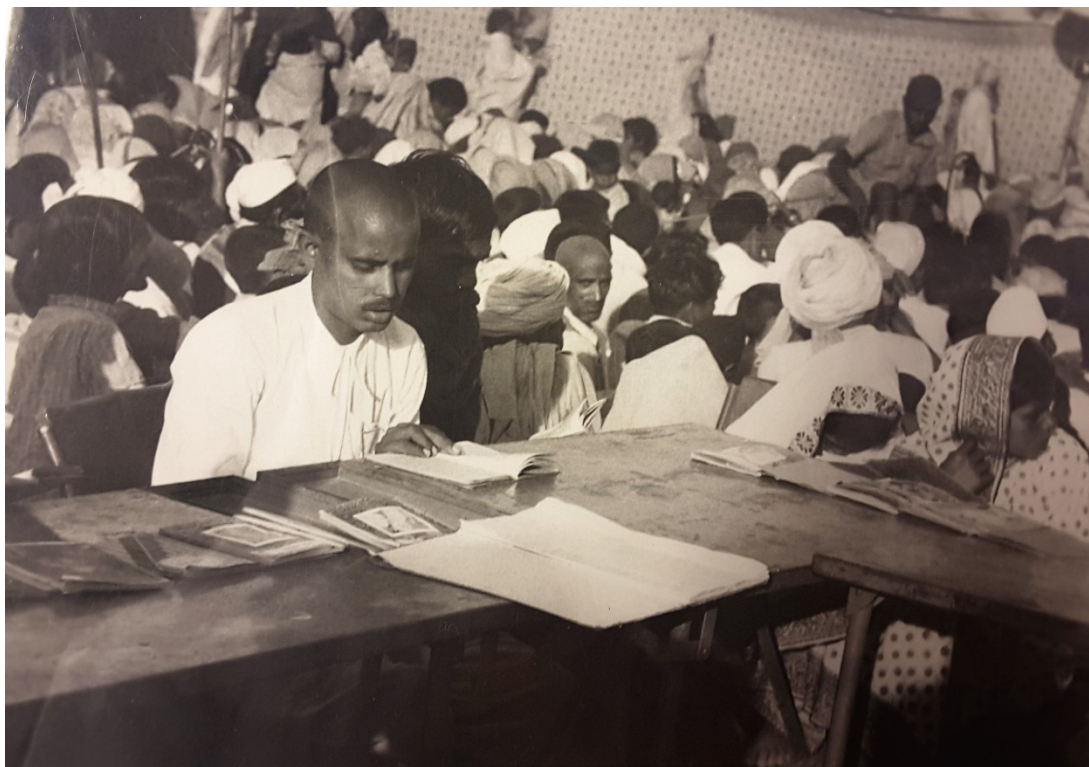
Esta apreciación de Torres Bodet, en julio de 1949, sirvió como respuesta a lo expresado por el presidente norteamericano Harry Truman en un discurso que pronunció en enero del mismo año; en él utilizó la noción de países “subdesarrollados” para referirse a las naciones pobres, es decir, todas las del sur global. El principal objetivo, según su lógica, fue que las naciones “atrasadas” para alcanzar el supuesto “desarrollo” deberían seguir los pasos que marcaran los Estados Unidos y algunas otras naciones occidentales.

La voz de Torres Bodet, con sus particularidades y desde su contexto, intentó alertar de estas nociones que algunos países, como Estados Unidos, utilizaron como mecanismos coercitivos y de intervención. Su interés humanista lo obligó a comprender el problema del desarrollo o del “tercer mundo”⁷ desde el sur. Los proyectos educativos, culturales y científicos tenían que ser emprendidos con la mayor de las fortalezas. Por eso, su pensamiento se convirtió en una manera de mostrar las relaciones entre centro cultural y periferia (Klengel, 2006).

Sin embargo, cuando el peso de la Guerra Fría comenzó a tener mayor efecto en los foros y conferencias internacionales, la Unesco incrementó su polarización. La presión internacional aumentó a partir del surgimiento de escenarios bélicos con presencia norteamericana y soviética. En medio de ese contexto, el desdén por la cultura y la educación se hizo cada vez más evidente; los recursos económicos fueron limitándose y la disposición por exigirlos se restringió a meros acuerdos administrativos que no lograron asegurar nada.

⁶ En 1955 diferentes países africanos y asiáticos realizaron la Conferencia de Bandung, muchos de ellos recién habían logrado liberarse del yugo colonial por lo que manifiestan el no alineamiento a la división del mundo representada, por un lado, con los Estados Unidos, y por el otro, con la URSS. La Conferencia es de suma importancia para Latinoamérica, ya que se rechaza y critica las pretensiones de continuar manteniendo un mundo con formaciones sociales imperialistas. Sin duda, las voces críticas como las de Jaime Torres Bodet, entre otros, abrían la brecha para plantear las reivindicaciones a nivel internacional.

⁷ La noción de “tercer mundo” permitió a los países occidentales convertir al resto del mundo en un espacio de intervención, control e imposición con el fin de “ayudar” al mundo “atrasado” en la supuesta carrera por el “desarrollo”. Esta política del desarrollo, impulsada en los años cincuenta, se vuelve el eje rector de las políticas en América Latina. Para una mayor comprensión del tema: Arturo Escobar, *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Caracas, Editorial El Perro y la Rana, 2007.



El cuarto móvil de leer al aire libre de la Unesco, probablemente en la India.

Fuente: AHUNAM, Fondo Jaime Torres Bodet, caja 44, foto 3.

El fervor por construir un mundo de paz dirigido por los delegados norteamericanos se fue desvaneciendo en la medida en que percibieron una aparente autonomía de la institución, a pesar de que la mayor parte del financiamiento provenía de ellos. Carlos Enríquez Verduza (1997) considera que esto fue la causa por la que dejaron de apoyar proyectos en diversas áreas.

Esta situación se complicó aún más cuando estalló la Guerra de Corea y Estados Unidos exigió de la institución un posicionamiento más contundente. La inversión para aparatos y equipamientos militares fue cada vez mayor, mientras que la de los proyectos educativos y culturales lo resintió. La victoria comunista china puso en alerta a los Estados Unidos y a sus aliados, quienes, en 1950, intervinieron en Corea para frenar el avance comunista; los resultados no fueron los más esperados y poco después intentaron hacer lo mismo en Vietnam, en donde el fracaso fue evidente (Hobsbawm, 2005).

En consecuencia, este tipo de situaciones obligaron a Torres Bodet, entonces director General de la Unesco, a tomar una posición más clara respecto a las pretensiones de occidente e imponer a la organización directrices respecto a Corea. El tema no fue nada sencillo, más aún cuando la ONU pidió la intervención de la Unesco para el caso. En sus *Memorias*, Torres Bodet recuerda la manera en que debió actuar en aquella ocasión:

Tratamos de obrar, a la vez, con prudencia y con lealtad. Con lealtad, porque hubiera sido inconcebible que no sumáramos nuestro esfuerzo a los de la ONU. Con prudencia, porque habría sido inmoral que nos convirtiésemos en un instrumento de propaganda del Departamento de Estado. Los estudios y las informaciones que propagó la Unesco durante la guerra

de Corea se caracterizaron por su completo apego a la doctrina de la seguridad colectiva, pero cuidamos mucho de no asumir en ningún momento la actitud de un beligerante (1981b: 80).

No obstante, aquella prudencia no fue bien entendida por los Estados Unidos, según Torres Bodet, debido a las presiones ejercidas en la institución: “La oficina del delegado permanente del gobierno norteamericano me hizo sentir varias veces que Washington no estaba satisfecho de las gestiones llevadas a cabo por la Unesco” (1981b: 80).

La Guerra Fría y el poco interés de seguir financiando proyectos impulsados en aquel momento por la Unesco, especialmente los relacionados con la educación básica, hicieron que Torres Bodet intentara, en varias ocasiones, concientizar sobre lo serio que era construir y contribuir a la paz, pero esto tenía que verse reflejado en lo económico. Sus peticiones fueron rechazadas, hecho que lo orilló a entregar su renuncia, por segunda vez, pero en esta ocasión con carácter irrevocable.⁸



Acto diplomático de Jaime Torres Bodet durante su estancia en la Unesco.

Fuente: AHUNAM, Fondo Jaime Torres Bodet, caja 44, foto 8.

A pesar del apoyo que logró de los países de la periferia, el poco interés por parte de los norteamericanos y los ingleses para aumentar el presupuesto, sumado a la presión, cada vez más evidente, de Estados Unidos hacia los países latinoamericanos, de forma unilateral, provocaron que se desvaneciera todo intento de afrontar un compromiso en bloque. Al respecto, Carlos Enríquez Verdura

⁸ Un elemento que se sumó al contexto de difícil tensión por el que atravesó la Unesco fue la admisión a la institución de la España de Franco. Desde su posición política, Torres Bodet rechazó el ingreso, sin embargo, desde su cargo no tuvo otra opción más que admitir lo que la Asamblea y los consejos correspondientes ya habían determinado.

afirma: “Torres Bodet ganaba el apoyo de aquellos que entendían la importancia de su compromiso con la educación, pero al mismo tiempo perdía el de aquellos con otras prioridades” (1997: 104).

Desde sus primeras intervenciones como director General de la Unesco, Torres Bodet cuestionó los recursos financieros de la institución a partir de la crítica del entusiasmo por la carrera armamentista en la posguerra y la hipocresía del interés por la paz:

¿Qué puede hacer, en efecto, una institución que en modo alguno debe inmiscuirse en la esfera de la acción de los gobiernos; que, estando concebida para dirigir, se halla solamente en condiciones de aconsejar, y que, para coordinar los intercambios culturales de cuarenta y cinco naciones, cuenta con un presupuesto de poco más de 7,500 000 dólares, o sea una cantidad inferior a la que, durante ciertas ofensivas, costó un minuto, un solo minuto de la guerra pasada? (Torres Bodet, 1987: 41).

Su exigencia, correspondió a una crítica de los países pobres a los hegemónicos en medio de una descarada oleada de financiamiento a Europa y Japón. Mientras tanto, el abandono y el saqueo persistieron en zonas como las de Latinoamérica, a la que se le obligó a negociar con el sector privado.

La materialización de los ideales de libertad, cultura, educación y ciencia comenzaron a diluirse por el poco compromiso que asumieron las naciones que se enriquecieron, como las del sur.

Hasta el último momento insistió en la importancia de la responsabilidad presupuestaria. En la VII reunión de la Conferencia General, celebrada en París el 21 de noviembre de 1952, pidió: “9, 914 866 dólares para 1953 y 10 776 440 dólares para 1954. O sea, para los dos años 20 691 306 dólares” (Torres Bodet, 1987: 463).

La cifra aprobada fue de US\$17, 056, 964.00; votada por 29 países, además de los hegemónicos de Gran Bretaña y Estados Unidos, y algunos latinoamericanos, como Cuba, Honduras y Panamá. Ante la disminución del presupuesto, Torres Bodet presentó su dimisión irrevocable y mencionó, en términos económicos, lo que significaba el aumento que su administración solicitó:

El desarrollo recomendado suponía, aproximadamente, en el caso de los Estados Unidos, como promedio, una erogación suplementaria de un tercio de céntimo de dólar por año y por habitante. Por lo que hace a la Gran Bretaña, la proporción era un de un quinto de penny, y de 68 céntimos de franco por lo que respecta Francia. En cuanto a Honduras, Liberia y Nicaragua, el aumento hubiera sido –también por año y por habitante– igual a la duodécima parte de un centavo, a la trigésima parte de un céntimo y a las dos quintas partes de un centavo, respectivamente. Ese, señores, era el sacrificio que os rogué tuvierais a bien considerar. ¿Podía yo pensar que constituyera una carga intolerable para el contribuyente? Y –lo que es, a mi juicio, mucho más serio–, ¿puede afirmarse que el contribuyente se sentiría más inclinado a creer en la Unesco, cuando se le diga que una asamblea de 65 gobiernos rehusó otorgar a la Organización un complemento de recursos que, en términos generales, hubiera exigido un gasto equivalente, por cada habitante de sus Estados Miembros, al precio de unos cuantos cerillos por año? (Torres Bodet, 1987: 476).

La Asamblea reunida en la VII Conferencia General de la Organización aceptó la dimisión de Torres Bodet y, tras un corto tiempo, regresó a México. Elena Poniatowska publicó, en 2002, una entrevista de principio de los años setenta, donde le cuestionaba sobre su renuncia a la Unesco. La respuesta, asociada a lo que ya hemos tratado, contiene un elemento más:

el problema esencial sigue en pie. Mientras no se construya una paz auténtica, sobre la base de una creciente confianza en los valores de la cultura, en el respeto de la justicia y en el de los derechos del hombre, cada conciencia libre continuará sintiendo a su alrededor, como lo digo en mi libro, lo que yo sentí muy frecuentemente a lo largo de aquel periodo de mi vida: la angustia de estar clamando en mitad de un desierto inmenso: el más poblado y oscuro de los desiertos, el desierto internacional (Poniatowska, 2002).

Finalmente, en el diseño de las políticas educativas, desde la noción universalista que planteó la Unesco, Torres Bodet impulsó proyectos, seminarios y conferencias orientadas a una distribución más justa de los conocimientos científicos. Si bien él fue un intelectual convencido de lo universal, lo hizo a partir del reconocimiento cultural de cada pueblo.

Aunque Torres Bodet, al igual que muchos intelectuales, vieron a Europa como un importante referente y a pesar de que en la construcción y origen humanista del poeta mexicano el occidente fue la cuna de las máximas manifestaciones que apreció, su participación en la Unesco se convirtió en una disputa por arrebatar los espacios que tradicionalmente le correspondieron a la élite intelectual occidental.



Jaime Torres Bodet de visita en una escuela.

Fuente: AHUNAM, Fondo Jaime Torres Bodet, caja 60, foto 704.

La educación básica en la disputa internacional

Ante las pretensiones de Torres Bodet de que la Unesco estuviera al servicio de la academia occidental, su defensa por la educación básica para las masas fue elemental, hecho que lo convirtió en el defensor del proyecto público de la educación a nivel internacional. En las conferencias de la

Unesco y frente a delegados europeos y norteamericanos, el representante mexicano planteó el trabajo armónico en todos los frentes educativos.

La educación básica debía tener la misma prioridad que la educación universitaria; tan importante eran los avances tecnológicos creados por un grupo de personas como el aprendizaje de la lectura y la escritura en el contexto de mediados del siglo XX. Por eso, afirmó: “en materia de educación toda parcialidad es de consecuencias desoladoras: lo mismo la mística de la instrucción primaria como panacea universal, que la mística de la instrucción superior, como base de predominio” (Torres Bodet, 1987: 17).

En sus *Memorias* relató la reacción de los delegados europeos, durante la reunión preparatoria de la Unesco, realizada en Londres en 1945, ante la petición de centrar los esfuerzos en la educación básica y en la lucha contra el analfabetismo:

Salvo la delegación de Francia –que asentía visiblemente a mis argumentos–, los representantes de las comunidades “adelantadas” empezaron a mirarme con extrañeza. Por lo visto, la lucha contra el analfabetismo no figuraba en los pliegos de instrucciones que habían recibido de sus mandantes. Reconstruir era su propósito primordial, aunque millones de hombres y de mujeres tuviesen que asegurar décadas y centurias para empezar a construir lo que no tenían (Torres Bodet, 1981a: 392).

La disparidad entre los países europeos y los latinoamericanos, por ejemplo, reflejó lo atenuante del proyecto oligárquico que rigió la educación básica. En ese sentido, la apuesta a la nueva forma de pensar la educación tuvo que estar acorde a un nuevo pacto, es decir, una manera distinta de apreciar los valores y lo que nos rodea socialmente. Ninguna organización que se jacte de intentar un nuevo orden mundial a través de la cultura y la ciencia debía solapar el modelo de dominación colonial que siguió vigente:

Esa solidaridad sería sólo un vocablo vano si debiésemos aceptar como fatalidad inexorable la coexistencia de comunidades en las cuales el poder económico y los recursos de cultura conocen acrecentamientos sin precedente y comunidades en las cuales la miseria continúa siendo, a la vez, madre e hija de la ignorancia. Madre, en cuanto produce generaciones sin escuelas, pueblos sin bibliotecas, ciudades sin salvación; hija, porque la ignorancia empobrece a los pueblos, les priva de una explotación racional de sus bienes y los somete a la tiranía de la naturaleza. (Torres Bodet, 1987: 104-105).

Por ello, el trabajo que realizó durante su corta administración como secretario General de la Unesco fue convertir las aspiraciones en proyectos concretos y reales. Esto significó dejar de admirar una lista impecable de hechos que se deberían hacer y avanzar en constituir herramientas que contribuyeran a la alfabetización de las masas y edificar sistemas educativos, especialmente de educación básica, en países de mayor exclusión.

Consideraciones finales

La capacidad y habilidad diplomática analizada anteriormente sirvió para afrontar los retos a los que fue sometido Jaime Torres Bodet, particularmente a su regreso a la Secretaría de Educación Pública en México de 1958 a 1964. La experiencia desarrollada en su carrera diplomática, y sobre todo en la Unesco, permitió a Torres Bodet comprender cuáles eran los proyectos clave que debía

trazar para consolidar mejor el sistema educativo nacional y sobre todo dotarlo de una mayor noción de lo público.

La concepción de lo público tomó fuerza a partir de entender la educación en una dimensión más amplia, vinculada sobre todo como proyecto político para construir un horizonte democrático.

Por lo tanto, la defensa de la educación pública que realizó Torres Bodet, a través de su papel conciliador, permitió mantener la esencia del proyecto revolucionario que maduró fundamentalmente en los años treinta. Su peculiar defensa de una educación integral, humanista, técnica y democrática lo acompañó en los debates nacionales e internacionales en los que participó, pero también en las políticas públicas de educación que implementó y dirigió.

Su visión respecto a la rectoría del Estado en la educación permitió la ampliación de este derecho, que puede identificarse hasta la década de los setenta, a través de campañas de alfabetización, construcción de nuevas escuelas, la creación de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (Conaliteg), entre otros.

El cúmulo de experiencias se centraron fundamentalmente en la educación básica como piedra angular para la transformación de la sociedad y como elemento indispensable para romper con los procesos de exclusión. La escuela primaria fue clave por ser el primer acercamiento con las clases populares, que no sólo era un importante espacio para la formación de las nuevas generaciones, sino el epicentro de las decisiones colectivas en las comunidades.

En ese sentido, adentrarnos en algunos instantes de su trayectoria nos ayudó a identificar una memoria histórica portadora de un cúmulo de experiencias colectivas y de bienestar social, tan necesarios hoy para repensarnos el futuro de la educación pública. Sin duda, su aportación contribuyó a la creación de un modelo educativo que tuvo vigencia por varias décadas.

Finalmente, el rescate del pensamiento político-educativo de Jaime Torres Bodet nos permitió dimensionar las maneras en que se pensó la reconstrucción del Estado mexicano desde la educación. La vida pública de un personaje como él nos ayuda a comprender los propósitos que se trazaron intelectuales de su altura, sobre todo el compromiso ético-político en la construcción de los proyectos de nación.

A través del rescate del pensamiento político-educativo de Jaime Torres Bodet, se puede percibir la pérdida de los derechos que, a sangre y sudor, les han costado a países como México, sobre todo el abandono de importantes discusiones orientadas al impulso de la educación pública en la actualidad. De la misma manera, se puede identificar cuáles son las contradicciones dentro del ámbito educativo para seguir construyendo lo propio en medio de las diferencias, pero con rasgos comunes que permitan pensar proyectos de emancipación.

Al escribir sus *Memorias*, Jaime Torres Bodet reconoció que su primer recuerdo fue el de una muerte: la de su tío. Cuando sus historias atravesaron el largo peregrinaje de su vida y quedaron plasmadas en un texto, decidió concluir su trayectoria de la misma forma que su primer recuerdo: murió el 13 de mayo de 1974 en la sala de su casa tras darse un disparo.

Su muerte, más que un símbolo trágico, mostró la plenitud de sus aspiraciones al decidir que había cumplido con su obra política y cultural, así lo describió: “A esperar día tras día la muerte, prefiero convocarla y hacerlo a tiempo [...]. No quiero dar molestias ni inspirar lástima a nadie. Habré cumplido, hasta la última hora, con mi deber”.

Referencias bibliográficas

- “Cinco cartas de Torres Bodet” (2016). Textos y documentos. Disponible en 132.247.146.34/index.php/rlm/article/view/27618/26350
- Brabyn, H. (1985). Nacimiento de un ideal . *El Correo* (7), 5-6.
- El Nacional (1942). “El Presidente tiene gran fe en el sentido moral de los periodistas”, 18 de mayo. México.
- Enríquez, V. C. (1997). *Jaime Torres Bodet y la UNESCO: Los límites de la cooperación*. México: El Colegio de México
- Escobar, Arturo (2007) *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Caracas, Editorial El Perro y la Rana.
- Klengel, Susanne (2006). “Hacia un nuevo humanismo sin fronteras. Jaime Torres Bodet y el discurso cultural de la segunda posguerra”, en *Unidad y pluralidad de la cultura latinoamericana: géneros, identidades y medios*. Madrid, Iberoamericana/ Vervuert.
- Orozco Pozos, Marcio (2009). “Jaime Torres Bodet, embajador de México en París, 1954-1958”, Tesis de Maestría en Historia. México, UNAM.
- Pita González, Alexandra (2019) “América (Latina) en Paris: Mistral y Torres Bodet en la Colección Iberoamericana, 1927-1940” en Fabián Herrera León y Yannick Wehrli, *América Latina y el internacionalismo ginebrino de entreguerras: implicaciones y resonancias*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Poniatowska, Elena (2002). “Las enseñanzas de Torres Bodet II”, en *La Jornada*, 6 de mayo. México.
- Quintanilla Susana, (2008) “Nosotros”. *La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*, México, Tusquets.
- Torres Bodet, (1987). *Discursos en la Unesco*. México, SEP.
- _____ (1981b). *Memorias, T. II*. México, Porrúa.
- _____ (1981a). *Memorias, T. I*. México, Porrúa.

Archivo consultado:

Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (AHUNAM). Fondo Jaime Torres Bodet.